REBECCA SOLNIT



CENICIENTA LIBERADA

ILUSTRADO POR
ARTHUR RACKHAM

Lumen

REBECCA SOLNIT



CENICIENTA LIBERADA

ILUSTRADO POR
ARTHUR RACKHAM

Lumen

REBECCA SOLNIT



CENICIENTA LIBERADA

ILUSTRADO POR
ARTHUR RACKHAM

Traducción del inglés de Antonia Martín

Lumen



1

Las cenizas



Érase una vez una niña llamada Cenicienta. La llamaban Cenicienta porque dormía junto al hogar de la cocina de una casa grande y siempre iba cubierta de ceniza y a veces las ascuas le agujereaban la ropa. Vestía prendas viejas, raídas y hechas jirones.

Dormía junto al hogar porque se pasaba el día entero en la cocina guisando y lavando, y porque no tenía alcoba. Se ocupaba de las tareas de la cocina durante todo el día porque su madrastra la obligaba. Su madrastra la obligaba a hacerlo todo porque, aunque había mucho trabajo para todo el mundo y muchas personas para realizarlo, creía que no había suficiente para todas. Y deseaba mucho para sus dos hijas, Perlita y Paloma. (Nadie preguntó qué deseaban Cenicienta, Perlita o Paloma.)

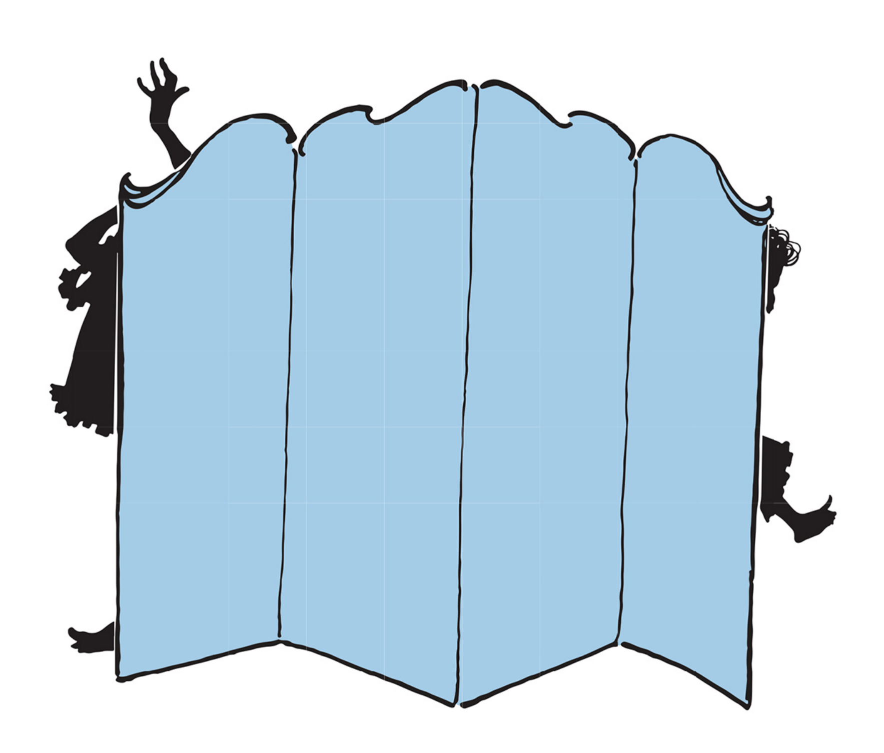
A veces Cenicienta se entristecía y quería ir a jugar con otros niños. A veces se alegraba de ir al mercado a comprar huevos a la señora que vendía pollos, manzanas al agricultor que cultivaba manzanas y leche al lechero. A veces le gustaba hacer pasteles con las manzanas, la leche, los huevos y la harina de la agricultora que cultivaba trigo. A veces deseaba fugarse, pero no sabía bien adónde ir. A veces se sentía cansada.



Cenicienta se convirtió en una buena cocinera. Llegó a conocer a todo el mundo en el mercado. Se volvió fuerte y mañosa. Perlita y Paloma se quedaban en las habitaciones de la primera planta probándose ropa y arreglándose el pelo, y nunca salían porque, según su madre, los habitantes del pueblo no eran lo bastante sofisticados para ellas.

2

Vestidos y caballos



Un buen día llegó la noticia de que el hijo del rey, el príncipe Daigual, iba a celebrar un gran baile, que es como llamaban a las fiestas en aquellos tiempos. La madrastra se aseguró de que invitaran a Perlita y a Paloma, que pasaron días enteros probándose ropa y encargando a modistas que les confeccionaran vestidos de raso, terciopelo y oropel, y pensando en cómo recogerse el pelo y prender en él joyas, adornos y flores artificiales.

Cenicienta subió a llevarles galletas de jengibre y vio todos los montones de alhajas, todos los espejos, todas las telas y todo el alboroto. Perlita se afanaba en recogerse el cabello en un moño lo más alto posible. Decía que, sin duda, llevar el peinado más alto del mundo la convertiría en la mujer más hermosa del mundo, y que al ser la más hermosa sería la más feliz.

Paloma cosía más lazos en su vestido porque consideraba que, sin duda, llevar el vestido más sofisticado del mundo la convertiría en la mujer más hermosa del mundo, y que al ser la más hermosa sería la más feliz. No eran demasiado felices, pues temían que alguna otra invitada luciera un peinado más alto o más lazos que ellas. Y seguramente así sería. Suele ocurrir.

Sin embargo, en realidad la persona más hermosa del mundo no existe, pues hay muchísimos tipos de belleza. Algunas personas adoran la suavidad y la redondez, y otras los bordes afilados y los músculos fuertes. A unas les gustan las cabelleras espesas como la melena de un león, y a otras el pelo fino que cae como una cascada azabache, y algunas aman tanto a alguien que se olvidan del aspecto físico de esa persona. Unas opinan que el cielo estrellado a medianoche es lo más hermoso que quepa imaginar, otras que un bosque nevado y algunas... En fin, hay mucha gente con muchas ideas sobre la belleza. Y sobre el amor. Cuando queremos mucho a alguien, esa persona tiene la apariencia del amor.

Cenicienta habría deseado ir al baile, pero no tenía qué ponerse, aparte del

vestido de diario con las cenizas, los remiendos y los agujeros. Además, no la habían invitado.

No hay nada peor que no ser invitada a la fiesta.

Cuando llegó el gran día, subió a las habitaciones para ayudar a Perlita y a Paloma a recogerse el pelo, a adornárselo y a enfundarse los elegantes vestidos, que eran tan largos y ceñidos que no les habrían permitido correr detrás de un perro ni subirse a una valla. No sabían si estaban guapas, pero tenían la certeza de que estando guapas serían felices.

Y así partieron hacia el baile en el carruaje de la familia, tirado por los caballos de la familia, y Cenicienta bajó a la cocina, que estaba muy silenciosa. Se sentó junto a la lumbre sintiéndose muy triste y sola, y mientras la miraba fijamente, derramó tres lágrimas. Reinaba tal silencio que habría podido oírse cómo cada una caía en las cenizas con un ruidito leve.

—Ojalá alguien me ayudara —dijo en voz alta en medio del silencio.

De repente alguien llamó a la puerta de la cocina. Cenicienta abrió la enorme puerta chirriante y vio a una mujer menuda y azul en el umbral. La mujer, que llevaba una amplia falda y un sombrero puntiagudo, tenía la nariz grande y manos que parecían nudosas ramitas azules, y con esas manos nudosas asía una rama.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó Cenicienta.

—¡He venido a ayudarte yo a ti! —le contestó la mujercita azul—. Soy tu hada madrina. Deseas asistir al baile del castillo, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Cenicienta.



—Entonces irás —afirmó el hada madrina, cuya voz sonó como la leche al caer en un vaso y como el batir de las alas de las palomas—. Necesitas un medio de transporte. Corre al huerto de las calabazas y trae una.

Cenicienta obedeció: abrió la puerta de la cocina y salió corriendo a la noche para arrancar del huerto una gran calabaza de color naranja, la más pesada que pudo levantar.





El hada madrina agitó su varita, y la calabaza se convirtió en un carruaje de cristal que refulgió a la luz de la luna..., pues era una noche de luna llena, y a la luz de la luna el pueblo parecía un mágico mundo azul de iluminación azul y oscuridad como el terciopelo negro. La luna se reflejaba en el carruaje de cristal.

—¡Oh! —musitó Cenicienta con un suspiro, y de inmediato pensó: «Pero ¿de qué sirve un carruaje sin caballos?».

Fue como si su madrina le hubiera leído el pensamiento.

—Tráeme seis ratones de la trampa —dijo, y Cenicienta se preguntó qué se propondría.

La trampa no era más que una caja en la que los ratones entraban al oler el queso que había dentro, y no podían escapar de ella hasta que Cenicienta los dejaba salir. La muchacha bajaba al río con la caja y los soltaba allí donde no pudieran mordisquear los pasteles y el pan que ella horneaba. Esta vez la abrió frente a la puerta de la cocina. El hada madrina agitó su brazo azul, y las patitas de los ratones, sus cuerpos redondeados y sus largas colas pelonas empezaron a cambiar.

Se les alargaron las patas y el cuello, sus delicadas garras de dedos minúsculos se convirtieron en duros cascos de caballo, el pelaje se les volvió lustroso y dejó de ser suave y su lomo redondeado se arqueó. Se estremecieron y chillaron, y de pronto aparecieron seis caballos tordos de crin y cola negras que semejaban ríos negros, con el hocico negro y suave como el terciopelo y con los mismos ojos negros y redondos y las mismas orejas tiesas que tenían los ratones, pero sin los bigotes de ratón. Eran caballos briosos, y piafaron y resoplaron, menearon la cola y movieron la cabeza, listos para partir.



Cenicienta estaba maravillada.

—Ahora necesitamos una cochera —dijo el hada madrina.

—Traeré la ratonera —anunció Cenicienta.

Dentro había una gran rata gris, y con otro movimiento del mismo brazo azul que empuñaba la misma rama negra la rata dejó de ser una rata. Era una cochera de rizos grises vestida con un bonito traje de terciopelo blanco y un sombrero del mismo tejido.

—Buenas noches, señorita —dijo inclinándose ante Cenicienta.

—Ahora —dijo el hada—, seis lagartijas del huerto.

Y cuando Cenicienta se las llevó metidas en una maceta, hubo otro movimiento de la varita, y ante la muchacha aparecieron seis lacayas con chaquetas y pantalones de raso plateado, que de inmediato se dispusieron a enganchar los caballos.

—¡¿Cómo?! —exclamó Cenicienta—. ¿Las lagartijas querían ser lacayas?



(Las lacayas se colocan en las partes delantera y trasera del carruaje y consiguen que este parezca muy importante y atareado. Abren portezuelas, entregan cartas y en ocasiones tocan una trompetita dorada para anunciar la llegada de alguien, y sujetan las riendas de los caballos cuando el vehículo se detiene.)

—Esta noche —dijo el hada madrina— están aquí para ayudarte, pues siempre te has portado bien con los ratones y las ratas y jamás les has puesto veneno ni trampas que los lastimaran, y sonríes y saludas a las lagartijas siempre que sales a recoger lechugas o frambuesas.

—El carruaje es fabuloso. Pero no puedo ir con estos harapos —dijo Cenicienta.

—¿Qué harapos? —preguntó el hada madrina; agitó su rama, que era una varita mágica, y soltó una risita. A veces era divertido ser un hada madrina de piel azul.

Cenicienta se miró y vio que su vestido de diario, raído y lleno de remiendos, se había transformado en un precioso traje de fiesta con pájaros y árboles bordados y con cuentas de cristal que parecían gotas de lluvia o lágrimas. Era de seda, y cuando ella se movía sonaba como el agua, y era como el cielo al final del día, azul y luego azul intenso y después tan azul que era casi negro, con nubes claras que lo cruzaban flotando.

Cenicienta parecía una muchacha que era noche, y una noche convertida en muchacha.





A algunos vestidos se les llama «traje de noche», pero aquel lo era de verdad, con nubes y las primeras estrellas que brillan en el cielo, una luna creciente y unos cuantos pájaros que atravesaban volando el dobladillo, negros y en forma de uve doble, sobre todo aquel azul. Las estrellas destellaban y la tela susurraba cada vez que Cenicienta se movía.

—Me encanta esta parte de mi trabajo —comentó el hada madrina, y volvió a soltar una risita.

—¡Anda! —exclamó Cenicienta cuando ya casi se disponía a subir al carruaje con su precioso vestido—, si todavía estoy descalza...

Otro movimiento de la varita, otra risita, y los pies sucios quedaron limpios y calzados con unos zapatos que, al igual que el carruaje, eran de cristal azul intenso. No resultaban demasiado cómodos y hacían mucho ruido cuando Cenicienta caminaba por suelos duros o sobre piedras, pero sin duda eran muy especiales.

Partieron —los seis caballos deseosos de galopar, refrenados por la cochera, que los llevaba a un trote vivo— y, con el estruendo de los cascos sobre los adoquines, atravesaron el pueblo en la noche en dirección al castillo.



Nadie preguntó quién era la invitada que llegaba tarde cuando apareció en aquel carruaje fabuloso arrastrado por un espléndido tiro de caballos y entró en el baile. Y bailó..., pues había aprendido a bailar en la plaza del mercado durante la fiesta de la cosecha y observando las clases de baile que recibían sus hermanastras, y en ocasiones bailando sola en la cocina mientras trabajaba o con el niño que entregaba el correo o con la niña que repartía el periódico cuando llamaban a la puerta de la cocina.

Y bailó con muchísimas personas al son de la hermosa música de tres tambores, cuatro tubas, cinco trompetas, seis violines, siete arpas, ocho guitarras y nueve flautas, dando vueltas y más vueltas por el salón; personas con vestidos que giraban, de modo que, vistas desde arriba, semejaban flores que dieran vueltas en plena eclosión. Las personas que lucían chaquetas de raso, calzones de terciopelo y sombreros de brocado parecían flores que aún no se hubieran abierto, sino que siguieran plegadas como capullos.

Y luego bailó con el príncipe y dio vueltas y vueltas y más vueltas.

El príncipe Daigual lucía unos pantalones de raso muy bonitos y una sonrisa muy hermosa, y charlaron un poco hasta que él le preguntó quién

era. Cenicienta temió que se riera de ella o la echara delante de todo el mundo, así que huyó antes de que eso ocurriera. Es decir, se echó a sí misma. Mientras corría se le salieron los zapatos, y cogió uno, pero dejó el otro en el suelo del salón de baile. No quería decirle al príncipe que era la Cenicienta de la cocina, la del pueblo que se extendía debajo del castillo.

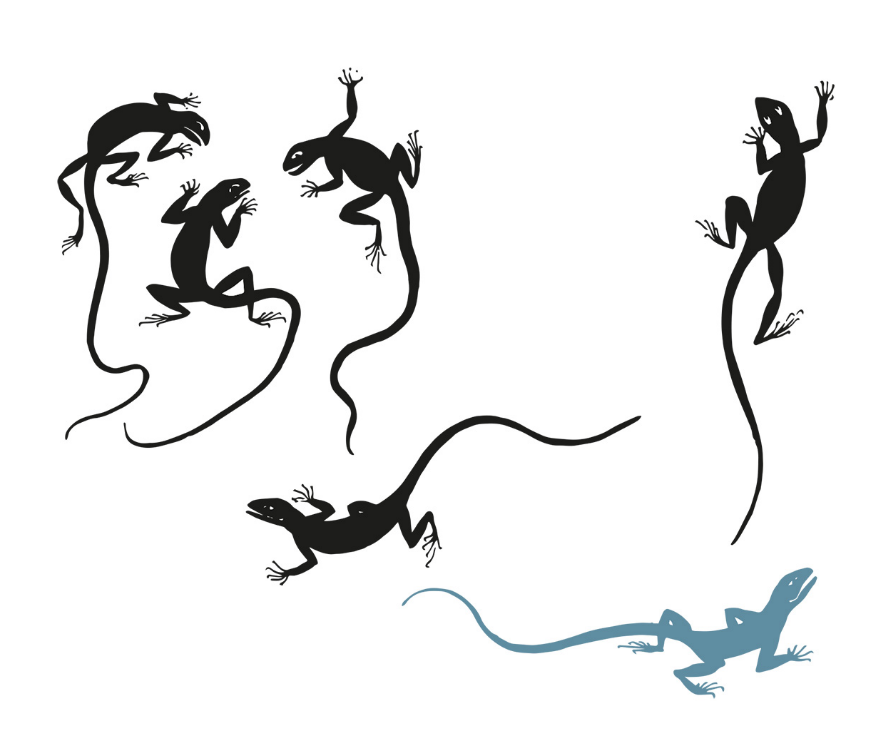


Corrió descalza hacia la noche y entró de un salto en el carruaje, la cochera gritó a los caballos, las lacayas subieron de un brinco, los animales se alejaron al galope entre resoplidos y el estruendo de los cascos, y antes de que Cenicienta se diera cuenta ya estaban en casa.



3

Lagartijas



El hada madrina azul abrió la puerta y le preguntó si se lo había pasado bien, y Cenicienta respondió «Sí» y «No» y «Ha sido muy interesante ver todos esos trajes sofisticados y las sofisticadas bandejas con pasteles sofisticados, y los espejos y lámparas sofisticados». Y añadió: «Fue más interesante ver cómo las lagartijas se transformaban en lacayas y los ratones, en caballos». El hada madrina afirmó que la verdadera magia consiste en ayudar a que todos se conviertan en su yo mejor y más libre, y preguntó a los caballos si querían ser caballos.

Cinco respondieron, en el idioma equino (que las hadas madrinas hablan y la mayoría de la gente desconoce), que les encantaba correr en la noche, no tener miedo a nada y superar en tamaño a casi todo el mundo. El sexto caballo dijo que se había divertido mucho, pero que en casa lo esperaban sus hijitos ratones y deseaba volver con ellos. El hada madrina asintió para indicarle que lo entendía y de repente el sexto caballo se encogió y perdió la crin, y su cola enmarañada se transformó en un rabo rosado cubierto de una delicada pelusa que parecía terciopelo. Y ahí estaba: una minúscula ratoncita gris de patas rosadas, que regresó a la carrera al agujero de la pared, con sus hijitos rosados y aún más minúsculos, para contarles todo sobre el encantamiento que la había convertido en caballo durante una noche.

Y luego las lagartijas dijeron, en el mudo idioma de las lagartijas, que no había nada mejor que ser lagartija y subir corriendo por las paredes, descansar al sol en los días cálidos, cazar moscas al vuelo en el huerto y no preocuparse nunca de nada salvo de los búhos y los cuervos, y que, aunque les encantaba vestir ropa de raso plateado e ir a fiestas, y aunque habían ayudado con mucho gusto a Cenicienta y contarían lo sucedido a todas sus amigas lagartijas, preferían volver a ser lagartijas. Y de repente lo fueron y

corrieron hacia el huerto con sus patitas de lagartija, arrastrando su larga cola de lagartija, y bajo la luna las escamas de sus delgados cuerpos de lagartija brillaron como la plata.

La cochera dijo que le gustaría seguir siendo cochera, pues sus hijos eran ya mayores y habían salido al mundo, y que, pese a que como rata había vivido muchas aventuras, podría vivir más siendo cochera. Así pues, siguió vestida con su traje de terciopelo y llevó a los caballos a la cuadra para dar a cada uno un buen cubo de avena.



En cuanto a Cenicienta, se miró y dijo:

—Dentro de unas horas tendré que preparar el desayuno y no puedo hacerlo con este bonito vestido puesto: me lo mancharé, se me quemará, me estorbará.

Y de repente estaba sola con su viejo vestido lleno de remiendos, con el que podía hacer cualquier cosa: jugar con los perros, trepar a los nogales, preparar los pasteles más pringosos, trabajar en el huerto donde las lagartijas tomaban el sol. Bien habría podido pensar que todo había sido fruto de su imaginación, de no ser porque en el bolsillo tenía un zapato de cristal azul, que guardó en un cajón de la cocina.

4

Amigos



El príncipe Daigual, que era muy educado, lamentaba haber asustado a su invitada y que esta hubiera perdido el zapato. Durante la fiesta no había dejado de preguntar, pero nadie sabía cómo se llamaba la muchacha ni dónde vivía, de modo que al día siguiente subió a lomos de su espléndida yegua negra y cabalgó para llamar a las puertas y averiguar si la persona que calzaba aquel zapato estaba allí.

—No —respondieron quienes vivían en la casa grande de ladrillo que se alzaba junto al río, y:

—No —respondieron quienes vivían en la mansión gris de la colina, y:

—No —respondieron quienes vivían en la torre cercana al bosque, y:

—No —respondió la agricultora, cuyos dorados trigales se extendían mucho más allá de su hermosa casa de labranza, y:

—No —respondió el relojero, que vivía en una casita llena de relojes que hacían tictac, y:

—No —respondió la pintora de la casa llena de cuadros de animales y parajes que solo vemos en sueños (y en sus pinturas), y:

—No —respondió la persona que daba clases de baile en su casa llena de música, y:

—No —respondió la herrera mientras forjaba hierro en su fragua, y:

—No —respondió el médico de los pájaros al tiempo que curaba el ala a un gorrión,

y entonces el príncipe llegó a casa de Cenicienta.

Abrió la puerta la madrastra, que, deseosa de que sus hijas fueran amigas de un príncipe, dijo que a lo mejor el zapato perdido era de ellas. Así pues, el príncipe entró en el salón y se sentó en el sofá dorado, y una hermana y luego la otra se probaron el zapato, pero tenían los pies demasiado pequeños, ya que, cuando una persona se pasa el día entero sentada en casa

y nunca baja corriendo al río ni vuelve del mercado cargada con los cestos llenos de productos, los pies no se le ponen tan fuertes y robustos como deberían.

Cenicienta vio al príncipe cuando llevó al salón el té y el pastel que acababa de sacar del horno. De pronto se sintió harta de muchas cosas: de estar en la cocina, de no sentarse a la mesa, de tener la sensación de que era menos importante que sus hermanastras, de que no la invitaran a las fiestas.

—El zapato es mío —dijo.

Todos la miraron sorprendidos.

El príncipe se lo entregó y ella sacó el otro del bolsillo (porque los buenos vestidos tienen bolsillos grandes) y se calzó los zapatos de cristal, que no habían desaparecido cuando su traje de noche se había convertido de nuevo en su vestido de diario. En ocasiones, las hadas madrinas descuidan algún que otro detalle.

Las dos hermanas salieron a la carrera del salón con un berrinche —o con dos berrinches, uno por cabeza— porque creían que tenían que ser más importantes que su hermanastra. Su madre siempre les había dicho que no había suficientes cosas para todo el mundo y que debían quitárselas a los demás a fin de obtener lo suficiente para ellas. Lo que, por cierto, no era verdad.

Siempre hay suficiente para todo el mundo si se comparte como es debido, o si se ha compartido como es debido antes de nuestra llegada. Hay comida suficiente, suficiente amor, suficientes casas, tiempo suficiente, suficientes lápices de colores y personas suficientes para entablar amistades.

Cuando la madrastra se fue, apareció el hada madrina en una nube de polvo azul oscuro. En el salón solo estaban el príncipe y Cenicienta, además de aquella mujer azul con poderes mágicos, pero el príncipe apenas si reparó en la recién llegada.

—Entonces —dijo—, tú eres la chica que huyó corriendo. ¿Por qué?

—Tenía miedo —contestó Cenicienta, aunque se sentía muy avergonzada —. Soy una criada y se supone que no debería ir a bailes ni tener ropa más bonita que la de mis hermanastras.

En ese momento intervino el hada madrina:

—Tú eres hija de un gran juez que tuvo que irse muy lejos para ayudar a otras personas y que creyó que su nueva esposa y las hijas de esta serían buenas. Eres hija de una gran capitana de barco que perdió su nave en el mar y que un día volverá a casa en otro barco.

»Además —prosiguió el hada madrina—, nadie es bueno o valioso porque sus padres son quienes son, ni malo porque sus padres son malos. Las personas son buenas y valiosas por sus palabras y sus actos, y tú eres bondadosa con los ratones y haces unos pasteles deliciosos y tienes el corazón repleto de esperanzas y sueños.

—¿Qué sueños tienes? —preguntó el príncipe Daigual.

—Me gustaría ser dueña de una pastelería —respondió Cenicienta— y tener la opción de ver a las personas de las granjas que producen los alimentos que cocino, y me gustaría montar caballos tordos y ver a mi madre llegar a la bahía a bordo de un barco magnífico.



Todo eso parecía muy remoto. Se entristeció un instante, de modo que cambió de tema.

—¿Y qué sueños tienes tú? —le preguntó al príncipe. Él reflexionó un momento antes de contestar.

—A veces desearía no ser príncipe porque así la gente no se quedaría mirándome y preguntándose por qué tengo tanto cuando ellos no tienen lo suficiente. Me gustaría vestirme como los muchachos de las granjas porque así podría jugar sin que nadie me gritara que voy a mancharme los pantalones de raso. Me gustaría irme de vez en cuando. Me gustaría tener la libertad de pasear a solas por las colinas (he tenido que escaparme de mis guardias para averiguar quién había perdido el zapato). Me gustaría aprender a cultivar la tierra y trabajar tanto que pueda dormir como un tronco toda la noche, en lugar de estar de brazos cruzados en el castillo. Me gustaría tener amigos. Nadie se hace amigo de un príncipe.

—Me gustaría tener amigos —dijo Cenicienta—. Me llevo bien con la gente del mercado, que me habla de sus granjas, sus vidas y sus familias, pero no puedo ir a visitarla a mi antojo porque debo trabajar todos los días en la cocina de esta casa. Por eso me llaman Cenicienta, por las cenizas de la lumbre del hogar de la cocina.

—Bien —dijo el hada madrina—, la magia puede obrarse sin mí. ¿Vosotros dos no seríais amigos?

—No me vendría mal una amiga —respondió el príncipe tímidamente, aunque con valentía—. ¿Te gustaría que fuéramos amigos? —Y se sintió fatal porque temió que ella dijera que no.

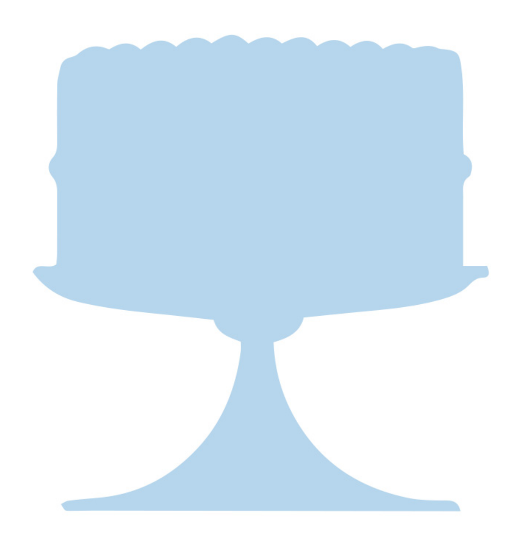
Ella no dijo que no.

—Sí —contestó—, siempre que tú también quieras.

Y así, los dos dejaron de ser personas que no tenían amigos.

5

Verdades y pasteles



El hada madrina explicó a Cenicienta que en realidad no tenía por qué quedarse en esa casa y trabajar sin parar todos los días. Ese mismo día, Cenicienta se calzó las botas y montó a lomos de uno de los caballos tordos, y el príncipe se subió a su yegua negra. Cabalgaron hasta el manzanar que pertenecía al bondadoso anciano que cultivaba manzanas. Se encaramaron a una escalera y recogieron manzanas hasta que se cansaron y hubieron llenado treinta cestas grandes. El anciano agricultor que cultivaba manzanas prometió que presentaría al príncipe a sus vecinos, los otros agricultores. Y le pidió que regresara en invierno, cuando podan las ramas de los manzanos, sin hojas en esa época, y en primavera, cuando los árboles florecen y las abejas zumban a su alrededor.

El príncipe Daigual volvió a casa a lomos de su yegua y anunció a sus padres que quería ser agricultor, y no príncipe, o quizá príncipe agricultor. En cuanto a Cenicienta, el hada madrina estaba esperándola.

—Ve hacia la izquierda y al llegar al molino de viento baja por el pasaje. Luego sube por el callejón y encontrarás tu pastelería. Al lado hay un establo con cinco pesebres y otros tantos caballos tordos; la cochera vive arriba, encima de los caballos.

—¿Por qué no me dijiste antes que era libre de irme? —le preguntó Cenicienta.

—Estaba muy atareada ayudando a otros niños —respondió el hada madrina— y encima perdí las señas de tu casa. Además, estoy para ayudar a la gente, pero quien lo necesita debe pedir ayuda, y tú no la pediste hasta la noche del baile.

(Es cierto que resulta muy útil pedir ayuda cuando se quiere o se necesita.)

Hoy en día, Perlita dirige una peluquería donde hace moños tan altos como el pelo le permite, y es feliz porque se dedica a lo que le apasiona.

Paloma trabaja de modista en una tienda de ropa de mujer y se pasa el día cosiendo vestidos porque descubrió que le gusta más confeccionar trajes bonitos que ponérselos. No añoran los tiempos en que estaban en casa de brazos cruzados, esperando a que la vida empezara. Hacen bien su trabajo.

Un día fueron a ver a Cenicienta y le dijeron que lamentaban mucho cómo la habían tratado y que se habían equivocado, y le preguntaron si quería ser su amiga. Ella les sirvió unas porciones de pastel, y más tarde Paloma le confeccionó unos pantalones de montar y Perlita le llevó una crema para la cola de los caballos y las tres fueron amigas.

Perlita y Paloma llegaron a ser quienes en verdad eran. Y lo mismo le ocurrió a su madre, es decir, a la madrastra de Cenicienta, que se convirtió en el aullido entre los árboles en las noches de tormenta. A veces se la oye fuera, un viento fuerte que hace vibrar las ventanas y temblar las hojas de los árboles, y que dice: «¡Más y más y más!», o «¡Mío, mío, mío!», y después el ávido viento amaina y la mujer desaparece hasta la vez siguiente.

En ocasiones, ese aullido está en la cabeza y el corazón de la gente, y entonces también amaina en nuestra cabeza el viento que dice que necesitamos más, que tenemos que coger lo que otro posee y robárselo como hace el viento ávido. Cualquiera puede ser un hada madrina si ayuda a quien necesita ayuda y cualquiera puede ser una madrastra malvada. La mayoría de nosotros albergamos parte de esa avidez en el corazón, pero podemos tratar de ser alguien que diga: «Tengo mucho», o incluso: «Toma, te doy esto» y: «¿Cómo estás?».

Cenicienta regenta una pastelería y a veces se sienta con los clientes que entran a comer pasteles y tomar una taza de té y les pregunta qué sueños acarician, o qué serían si pudieran ser lo que desean, y qué significa ser libre. Escucha a esas personas y siempre que puede las ayuda. Se asegura de que todos los habitantes del pueblo tengan un pastel el día de su cumpleaños y asiste a muchísimas fiestas de cumpleaños.



Al pueblo llegan a veces, huyendo de las guerras de otros reinos, niñas y niños hambrientos, asustados y solos. Cenicienta los busca, les da comida y una cama en su desván hasta que les encuentra otro hogar y consigue que vayan a la escuela. Siempre que vuelven a la pastelería, los recibe con una porción grande de pastel y un gran abrazo. A medida que se hace mayor se le da mejor entender las guerras del corazón humano y ayudar a dejarlas atrás. No es un hada madrina, pero no necesita la magia para ser una libertadora, es decir, para ser alguien que ayuda a aprender a ser libres.

Su madre, la capitana de barco, que volvió, se siente orgullosa de ella. Su padre, el juez, regresará un día de estos, pero la casa de Cenicienta no será la misma que la de la madrastra sobre la que él tan equivocado estaba. Con el tiempo Cenicienta se casará, al igual que el príncipe, pero no se casarán el uno con el otro. Ahora son demasiado jóvenes para contraer matrimonio, de modo que no hace falta que nos preocupemos por esa parte de la historia.





Además, no hay un «vivieron felices y comieron perdices», tan solo este cuento para antes de dormir, y la noche, y luego mañana, y el día siguiente, y el otro, y la primavera después del invierno, y el verano después de la primavera, y la Tierra girando alrededor del Sol, y las lagartijas tomando el sol sobre las paredes, y los ratones saliendo a la luz de la luna para comerse las migas de pastel.



En el escaparate de la pastelería hay un par de zapatos de cristal en los que se refleja la luz del sol, pero Cenicienta lleva botas recias que le permiten estar de pie detrás del mostrador e ir a ver a sus amistades a lomos de un caballo tordo.

Entre sus amigos se cuentan el príncipe agricultor, Paloma, Perlita, el médico de los pájaros, la persona que da clases de baile, la pintora y el relojero. Se cuenta toda la gente de las granjas que cultiva y cría lo que la población de la localidad come, y la niña que reparte el periódico, y el niño que entrega el correo, y los marineros del puerto, y su madre, la capitana de

barco, que vive en la casa de la torre. Y todas las niñas y los niños del pueblo, que la quieren porque les da galletas y por su bondad y por los cuentos que les cuenta sobre lo que significa ser libre.

Pero sus amistades no la llaman Cenicienta, pues ya no lleva un vestido cubierto de ceniza y agujereado por las ascuas.

La llaman por su nombre de verdad, que es

ELLA.

Epílogo

La metamorfosis de Cenicienta

Todo empezó, como muchas cosas, con una visita a la biblioteca pública. La mía tiene en la entrada una librería de segunda mano, donde suelo curiosear, y no hace mucho encontré allí una pequeña ilustración, una página suelta de un libro roto, que estaba en venta. En ella aparecía Cenicienta como una alegre muchacha descalza que llevaba un andrajoso vestido azul lleno de remiendos y una enorme calabaza naranja en los brazos. La compré pensando en regalársela algún día a un niño o una niña, tal vez a mi maravillosa sobrina nieta Ella (y mientras escribía este cuento me percaté de que sin las cenizas Cenicienta es también una Ella).[1]

Más tarde miré el dorso de ese dibujo sacado de un libro de cuentos de hadas. Contenía un fragmento de una versión del cuento de *La Cenicienta*. Después de que el hada madrina convierta a los ratones en caballos y la calabaza en un carruaje, aparece el siguiente diálogo:

«—Mira, niña —dijo el hada madrina—, aquí tienes un carruaje y caballos, pero ¿de dónde sacaremos un cochero?

»—Traeré la ratonera —respondió Cenicienta».

Ese pasaje, en el que los ratones y las ratas cambian de forma, era extraordinario, al igual que la activa colaboración de Cenicienta para que la metamorfosis tuviera lugar. Comprendí que era un cuento sobre la transformación, no únicamente sobre conseguir al príncipe. Y sobre otras relaciones, como la que se da entre Cenicienta y el hada madrina.

Una cosa me llevó a la otra y decidí reescribirlo para Ella, a quien también está dedicado *Los hombres me explican cosas*, y empecé a reflexionar sobre posibles mutaciones que podía introducir. El problema era cómo conservar parte del hechizo de la transformación y el drama de la chica, y cómo idear una salida de ese drama más aceptable que la que todos conocemos.

Una vez que me puse a reescribirlo, empecé a buscar ilustraciones. Encontré las del ilustrador inglés Arthur Rackham para la versión del cuento de C. S. Evans, publicada en 1919, y me fascinaron. Rackhan, uno de los grandes ilustradores de la época dorada de los libros infantiles ilustrados, creó imágenes para todo tipo de obras, desde los cuentos clásicos hasta libros infantiles más modernos como *Peter Pan* y *El viento en los sauces* (además de ediciones ilustradas de libros para adultos, como *Los viajes de Gulliver* y *El perfecto pescador de caña*). En su obra en color suelen abundar los tonos apagados y lúgubres, de matices sutiles, matorrales, bosques, vegetación enmarañada, delicados seres humanos y fantásticos, tanto buenos como malos, y animales que parecen estar siempre dándose la vuelta, huyendo, afanándose, volando, estirándose para alcanzar algo, enlazándose como enredaderas por los espacios coloreados en que los situó. Las siluetas son más audaces y sencillas.

Siempre me ha encantado la obra de Rackham y me emociona compartirla con una nueva generación. La versión del cuento de Evans es sentimental e insiste en la idea de que la virtud, la belleza y la clase alta vienen a ser lo mismo. El aspecto menos fascinante de las imágenes de Rackham son los retratos de las hermanastras como seres ridículamente

desmañados y feos, y no los hemos incluido en este libro. Pero en sus ilustraciones hay otras maravillas aparte de su mera belleza. Con las siluetas quizá se consiga que el cuento no parezca tan determinado desde el punto de vista racial (me hizo gracia que al principio algunas personas creyeran que esas ilustraciones centenarias eran de Kara Walker, artista negra de nuestro tiempo, o plagios de sus trabajos, más escabrosos y cáusticos, con siluetas..., que son en sí mismos un guiño consciente a las siluetas populares en otra época).

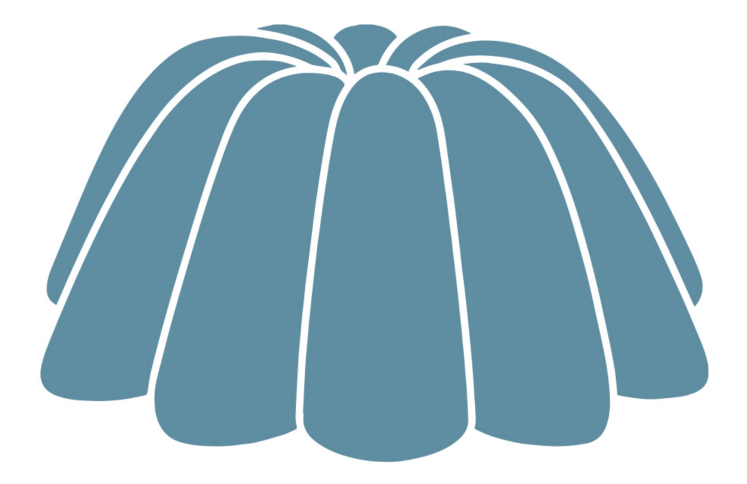
También me conmovió la imagen creada por Rackham de la niña andrajosa en pleno trabajo, y me recordó a los menores no acompañados que llegan de Centroamérica; a los inmigrantes empleados en el servicio doméstico, que tienen una fuerte presencia donde vivo; a los niños que están con familias de acogida, y a todas las criaturas que no conocen la bondad ni la seguridad en su vida cotidiana, a todas las personas que son marginadas incluso en su hogar, o para quienes el hogar es el lugar más peligroso o carecen de él.

Me gustó el carácter de esa muchacha-silueta que Rackham creó. Incluso vestida con harapos es vivaracha, y trabaja con diligencia y buen ánimo, y corre y retoza con entusiasmo. Está desamparada, pero no derrotada. Cuando llegó la hora de escribir su historia para nuestra época, me pareció que la solución a la explotación laboral y al trabajo degradante no es la ociosidad de una princesa que endosa las tareas a otras personas, sino el buen trabajo, lleno de sentido, dignidad y autonomía; y una de las cosas que la pastelería le proporciona a Cenicienta, aparte de la independencia, es la oportunidad de hacer bien a otros, puesto que es también un lugar de encuentro.

Además, vivimos en una época en que el matrimonio no determina el futuro económico de las mujeres ni su identidad, y, por lo tanto, la boda con el príncipe tenía que desaparecer. Por otro lado, también parecía necesaria la liberación del príncipe. Al final, hasta las hermanastras necesitaban

liberarse, y si la madrastra era irredimible se debe a que en realidad ella es nosotros: la encarnación de una avidez insaciable y de su parte más sórdida, el egoísmo. Es quien somos todos nosotros cuando nos sentimos pobres en medio de la abundancia.

Quería un relato sobre la liberación, sobre «cómo nos liberamos», por usar las palabras de Keeanga-Yamahtta Taylor en otro libro publicado por Haymarket, o sobre «la liberación de todos los seres», como a veces lo expresan los budistas. Quería un relato más amable y tomé de otros muchos cuentos de hadas el tema de la amabilidad con los animales como algo bueno porque forma parte de ser una buena persona, pero también algo práctico porque tal vez nos devuelvan el favor. Quería que todos dieran salida a su yo mejor y más libre. Por eso el libro se titula *Cenicienta liberada*, una frase que evoca a Katniss Everdeen, a Imperator Furiosa y a las mujeres de ciertas películas de acción de Hong Kong como *La casa de las dagas voladoras* y *The Heroic Trio*: mujeres poderosas que toman el control de los medios de producción y destrucción y avanzan por el mundo como si fueran leonas.



Escribí el cuento en primer lugar para Ella y luego para todas las personas a las que les gustan los cuentos de siempre en los que las madres

se convierten en árboles y los hermanos en cisnes; en los que los animales conversan y a las niñas les salen joyas y perlas de la boca cuando la abren para hablar; en los que la magia sirve de modelo para el trabajo de transformación que debemos hacer por nosotros, en nosotros, en todo momento, y en los que las tareas ingentes que nos impone la vida son claras y espectaculares.

Sigue siendo para Ella y para su hermana pequeña, Maya, y para su madre, Amanda, mi primera sobrina. Para Sam, Kat y Atlas, apasionados de las buenas historias; para Charlie, Elena, Berkeley, Dusty y Oscar, que se contaron entre sus primeros lectores; para Ana Teresa Fernández, la verdadera primera lectora, cuya potente *performance*, en la que confeccionó con hielo los zapatos de Cenicienta y los llevó puestos hasta que se derritieron por completo, ha sido la versión más feroz del cuento (una foto de uno de esos zapatos de hielo con su pie dentro ocupa el lugar de honor en mi casa; hace mucho tiempo que vivo con el revisionismo de Cenicienta).

Y es para mis abuelas, Julia Walsh Allen e Ida Zacharias Solnit, que fueron niñas sin madre, desatendidas y con pocos estudios; ninguna de las dos superó del todo aquellos años formativos privados de consideración y afecto; las dos murieron hace tiempo, pero las repercusiones de su desolación perduran.

A mi abuela materna, Julia, cuya madre, inmigrante, murió de parto, la criaron en Brooklyn unos parientes. Dejó la escuela en sexto porque la obligaron a trabajar de lavandera a tiempo completo mientras sus primas seguían estudiando.

Mi abuela paterna, Ida, fue una niña refugiada no acompañada que a los quince años, cuando llevaba varios sin sus padres, viajó con sus hermanos menores desde la zona de la frontera ruso-polaca hasta Los Ángeles. Una vez allí, el padre, desaparecido hacía tiempo, y su madrastra la trataron como a una criada.

Sus tragedias tuvieron lugar hace más de un siglo, pero este libro está escrito con amor y con la esperanza de que se produzca la liberación de todos los niños explotados e infravalorados, todos los chiquillos que se sienten solos; con la esperanza de que lleguen a escribir su propia historia y la saquen a la luz con amor y liberación.[2]

Nadie podría darte una mejor versión de *Cenicienta* para contar a tus hijos que Solnit, la gran pensadora feminista, autora de *Los hombres me explican cosas*.



«Me habría encantado leerlo de pequeño. [...] Un libro poderoso, no solo para niños, que nos recuerda que la honestidad, la amabilidad y la empatía son las que nos permiten descubrir y conectar con nuestro verdadero yo, sin coronas elegantes, personas perfectas ni un "fueron felices y comieron perdices".»

ELLIOT PAGE

En esta vuelta de tuerca del cuento tradicional, la ingeniosa Cenicienta conoce a su hada madrina, acude a un baile y se relaciona con un príncipe, pero ahí termina la historia que ya conocemos: en realidad, los zapatos de cristal no resultan demasiado cómodos, la belleza no da la felicidad y la protagonista se harta de que la traten mal. Rebecca Solnit revisita este clásico con una descarada heroína que nos inspira a repensar el papel de la

mujer en el mundo. Porque no podemos seguir contando esta historia como si la sociedad no hubiese cambiado, como si no faltase todavía tanto por cambiar, y porque, en el fondo, Cenicienta no es un relato sobre conseguir una vida de riqueza junto al príncipe: es una fábula sobre la transformación y lo que significa ser libre.

«Un libro maravilloso, de esos que el lector abraza una vez terminado con un suspiro de satisfacción.»
The New York Times

«Una Solnit polifacética: artista literaria, revolucionaria, hechicera, sabia, satírica sutil e infinitamente encantadora.»
Brainpickings

«Una joya de libro. Exquisito, sabio, ingenioso, mordaz y humano.»
Molly Crabapple

«Solnit es, en muchos aspectos, nuestra hada madrina. Gracias a su escritura y su imaginación, ha transformado un entrañable aunque algo anticuado clásico en una poderosa narrativa con un referente femenino cuya moral podría guiarnos a todos.»
Brit Marling

Rebecca Solnit nació en 1961 en San Francisco. Es escritora, historiadora y autora de veinte libros sobre feminismo, la historia de la cultura occidental y los indígenas de Estados Unidos, el poder popular, los cambios sociales y los movimientos de insurrección, y la esperanza y los desastres naturales, entre otros temas. Sus obras la han hecho merecedora de la beca Guggenheim, el National Book Critics Circle Award y el Lannan Literary Award. En España se han publicado *Los hombres me explican cosas*, su gran éxito de público y crítica; *Wanderlust*. Una historia de caminar, *Esperanza en la oscuridad*, *Una guía sobre el arte de perderse*, *Un paraíso en el infierno* y *La madre de todas las preguntas*. Con *Recuerdos de mi inexistencia*, elegido por la revista *Time* como uno de los cien libros que hay que leer en 2020, Lumen comenzó la publicación de su obra, que continúa con *Cenicienta liberada* y, próximamente, con *De quién es esta historia*.

Arthur Rackham (1867-1939) fue un eminente ilustrador británico de numerosos clásicos infantiles, desde los *Cuentos* de los hermanos Grimm hasta *La Bella Durmiente*. Sus siluetas en acuarela aparecieron en la edición original de *La Cenicienta*.



Título original: *Cinderella Liberator*

Edición en formato digital: junio de 2021

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Arthur Rackham

ISBN: 978-84-264-0846-4

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: @penguinlibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros

[1] En inglés, Cenicienta es Cinderella. Sin *cinder* ('cenizas'), queda Ella. *(N. de la T.)*

[2] *La Cenicienta* es un cuento muy antiguo, una versión de un relato primitivo sobre una niña abandonada que consigue recuperar el bienestar (según la clasificación de los cuentos tradicionales de Aarne-Thompson-Uther, el número 510A, la «heroína perseguida»). En 1892, Marian Roalfe Cox compiló sus múltiples versiones en el libro titulado *Cinderella: Three Hundred and Forty-Five Variants of Cinderella, Catskin, and Cap o'Rushes, Abstracted and Tabulated.* Contiene versiones del antiguo Egipto y la antigua Grecia, una china del siglo IX con un pez mágico y unos zapatos dorados, una francesa del XII y algunas variantes populares en noruego, alemán, italiano y otras lenguas europeas. En la noruega, un toro que habla y posee poderes mágicos ocupa el lugar de la madrastra; en la alemana «Aschenputtel», un árbol crece en la tumba de la madre de la protagonista y se llena de pájaros que ayudan a la muchacha y le regalan un vestido de oro y plata, y más tarde arrancan a picotazos los ojos a las hermanastras. En la versión rusa, titulada «El abedul maravilloso», el árbol que crece en la tumba materna se convierte en la madre, que regresa. Entre los libros infantiles no faltan versiones violentas y vengativas, versiones con brujas malvadas y sin hada madrina, versiones modernas centradas en conseguir un buen matrimonio que resultan irritantes, y decenas de variantes nuevas.

Y ahora otra más, con gratitud hacia cuantos hayan dedicado su tiempo a leerla.

Índice